

[Arnaldo Mirabal Hernández](#)



**Carlos Enrique Gámez Jordán camina sin mucho aspaviento los senderos del asentamiento rural donde habita con su familia. Se desplaza con tal sencillez por el [Valle del Yumurí](#), que uno nunca llegaría a sospechar las grandes hazañas que diariamente enfrenta este joven agricultor que apenas rebasa los 32 años.**

Con su cuerpo delgado pero ágil y atlético, desde bien temprano se entrega a las labores agrícolas, frase a veces imprecisa que no logra enumerar las tantas tareas que acomete un campesino en una jornada.



Con los primeros albores del día; Carlos Enrique ya habrá alimentado a los animales, ordeñado las vacas, y justo cuando el sol comienza a calentar la mañana y esa niebla tan característica del Valle permite divisar la hermosura del paraje, trasladará a alguna res para que se aparee con el toro de la finca aledaña a la suya, para regresar a sus predios después y comenzar a atender sus cultivos.

**Lea también:** [En el Valle del Yumurí \(+Fotos\)](#)

Ha sido así durante siete años, cuando tomó posesión de la finca donde fundó una familia y comenzó a desbrozar el marabú que lo cubría todo. A golpe de machete y hacha, junto a su joven esposa, el laborioso muchacho logró limpiar el terreno de maleza con la intención de poner la tierra a producir.

Confiesa que en más de una ocasión titubeó al despertar con gran fatiga y reconstruir en su mente lo hecho el día anterior, y pensar en

la faena que tenía por delante; mas, sacaba fuerzas y energías al constatar cómo el marabú iba cediendo ante su ímpetu.



Bajo unos inmensos algarrobos plantó hace apenas un año 2 000 posturas de café que ya brindan sus primeros frutos. Asegura el campesino que no existe un néctar con mejor sabor que ese que se obtiene del propio esfuerzo.

**El trabajo rudo no le amilana, al contrario, es como si le insuflara una vitalidad capaz de lograr imposibles.** El fuerte sol que agrede casi con saña la piel, no le intimida cuando debe guataquear un surco cultivado. El verdor y salud de sus plantaciones despiertan la admiración de sus vecinos.

Pero Carlos mantiene un perfil bajo, porque lo suyo no es la rimbombancia. Muchas veces el trabajo y los logros de un campesino transcurren en total anonimato, y hasta él lo prefiere así, porque no

todos entenderían en qué consiste la verdadera satisfacción de un campesino.

**Más que acumular bienes, el regocijo llega con el parto saludable de un animal, cuando la plantación de frijol comienza a florecer sin asomo de plaga, o al tropezar con una calabaza robusta en medio del surco;** son esos pequeños instantes los que gratifican la vida del hombre de campo.



Solo en las tardes, cuando el bullicio de las aves se va aplacando para darle paso a esa calma tan disfrutable que se extiende en el Valle del Yumurí al retirarse el sol, Carlos Enrique decide tomar un receso de apenas minutos, y se sienta en una rústica tumbona bajo una mata de mango, justo frente a su casa, desde donde sus ojos logran abarcar toda la inmensidad de su finca.

En ese preciso momento en que la esposa le acerca un café y su hija le

## **Carlos Enrique: un joven decidido a transformar su realidad**

Última actualización: Lunes, 18 Diciembre 2023 12:15

Visto: 161

---

regala una sonrisa, se siente un hombre pleno y feliz, consciente de cuánto se puede lograr con el empeño de transformar la realidad con las propias manos.